

RAFAEL FOMBELLIDA, *Isla Decepción*, Valencia, Pre-Textos, 2010, 176 págs.

Ciertos libros no empiezan por la primera página. Su inicio está, más bien, en las citas que le preceden o, en el caso de *Isla Decepción*, en el propio título. Puede parecer una obviedad, pero no todos los libros pueden presumir de un título que invite a la lectura. Rafael Fombellida (Torrelavega, 1959) titulará así a la suma de fragmentos que conforman esta obra exquisita, una pieza de orfebrería que consolida a Fombellida como uno de los escritores fundamentales de la literatura española en la actualidad. No exagero, aunque es de suponer que cada cual tiene a sus propios escritores de cabecera. Desde hace bastante tiempo, Fombellida es uno de los míos.

Isla Decepción es, como decimos, un título acertado. El libro (o el lugar) se abre con un par de citas, imprescindibles para entender el libro. Transcribo la de Gonçalo Tavares: “O fragmento é um lugar pequeno onde o assombro tem espaço”. Ese es el punto de partida. Y es, de paso, una declaración de intenciones. *Isla Decepción* está compuesta de múltiples fragmentos, pequeños continentes desde donde observar la vida. Esa es su forma de estar, de permanecer, la de un escritor que construye su propio mundo a través de intervalos, paréntesis, imágenes encadenadas e inconexas. Uno de ellos, el dedicado al nadador esloveno Marjan Pšeničnik, es un ejemplo de cómo un hecho concreto es capaz de burlar su propia frontera. No es sólo una evocación de un nadador. Fombellida consigue que el lector se ponga en la piel del deportista y salte a su lado. Un salto metafórico, metonímico, inductivo: “Un año que comienza, para cualquiera de nosotros, es otro salto enorme en el vacío, y éste lo puede ser sobremanera. Incertidumbre, dudas, emociones, muertes, desequilibrio, amor, traición”. Y continúa, más adelante: “Y pienso que un año nuevo es esto: dejarse deslizar por la pendiente, atrapado en el vértigo de la posibilidad; volar hacia la nada, hacia un campo despejado”. Se trata, en definitiva, de aprehender el instante, de trascender esos “segundos milagrosos”, aportando una nueva razón de ser, general, afín al lector. Es una literatura fragmentaria porque, de esa forma, Fombellida responde a de Chirico cuando hablaba del “alma de las cosas”. El fragmento, la mínima evocación para encontrar un espíritu que, anidado en el objeto, es susceptible de revelación. *Isla Decepción* es, antes que nada, un intento por no dejar de buscar lo que de eterno conserva el instante. No es extraño que, al

hablar de la fotografía de Sudek, el autor se refiera al escritorio como uno de esos lugares en donde se “re-crea la fugacidad del mundo y se fija memoria del instante perdido que en nuestra mano temblará para siempre”. Esos hechos son, en su mayoría, una poética del margen, de lo que queda apartado o recluido. De lo que estuvo pero ya no está frente a nosotros. De ahí, la propensión hacia la sombra, hacia la huella. O, según el propio autor, un “gusto por los espacios desmantelados, por la arqueología industrial”, que aparece frecuentemente entre sus páginas, como símbolo de un pasado no tan remoto, una evocación del esplendor perdido y de la dimensión poética de las ruinas, del extrarradio, de las “afueras inexploradas”, de las construcciones rústicas o de los periódicos viejos que forman, en su quietud, un amasijo de olvido y memoria. Se trata, en definitiva, de una arquitectura de lo efímero. El lugar del abandono. El territorio de las hazañas de las que ya nada queda, como aquellas preguntas retóricas de las que se sirvió Manrique para hablar de la fugacidad de la vida. Su espacio es, por tanto, el extremo, lo aislado, el momento de la noche solitaria escuchando, en el coche, *La mer*, de Debussy, o las vías de un pequeño tren cruzando, en su rutina y su cansancio, un paisaje perdido entre las montañas del Bierzo. “el lado de la vida que no se ve”, que diría Rilke. Todo ello crea una imprecisión espacio-temporal sumamente interesante. Aunque esos lugares son, casi siempre, lugares del norte (Cantabria o Centroeuropa, principalmente), bien se le podría aplicar aquellos versos de César Simón: “este no saber nunca / en qué lugar del tiempo y del espacio, / de la realidad y el sueño, sucede nuestra vida.” Es cierto, reiteramos, que son espacios localizables, pero el autor es capaz de sublimarlos, de hacerlos formar parte de una geografía imaginaria, casi mítica, invisible. Lo mismo sucede con el tiempo, donde pasado y presente se confunden, se mezclan, se interfieren. De ahí que podamos definir *Isla Decepción* como un dietario, más que como un diario, porque las anotaciones parecen fuera de tiempo y, sin embargo, extrañamente aferradas al presente. Queda abolida la dimensión temporal y nos permite “penetrar en el vértigo”. La premisa es clara, citando a Borges: “perdurar en el tiempo como sólo pueden las cosas que no han sido del tiempo”. Se trata, como nos dirá el propio autor, de hallar lo desconocido entre lo conocido. *Isla Decepción* no es, por tanto, un lugar con una unidad de tiempo precisa ni con unas coordenadas exactas. Es, simplemente, un “fondeadero de la vida”. O “una casa mental protegiendo la mía”. Un refugio, una prolongación de la vida,

como la escritura. Lo que no me cabe duda es que, para percibir una isla llamada Decepción, es imprescindible entrecerrar los ojos. Sólo así sabemos que existe, en la distancia. No es una imagen nítida, sino borrosa, que se despliega a intervalos y nos invita al regreso, dondequiera que quede.

La obra es un inmenso archipiélago, conformado de un sinnúmero de islas, enlazadas a través de varios puertos. Varios son los ejes que comunican una isla con otra: la constante dualidad, como motor para dinamizar el mundo (el cuerpo y el alma, lo privado y lo externo, la ausencia y la presencia, lo inmortal y lo imperecedero, el río truchero o el río salmonero, *Cántico* o *Clamor*, por citar la obra guilleniana...); prevalece, también, una constante crítica social y literaria (“Donde la arrogancia no es bienvenida, los humildes suelen resultar los más fuertes”, “En este mundo actual en que las tiranías son de índole económica [...], la palabra poética es un valor de resistencia”, “Soñé que caía en mis manos la última antología de poesía española actual. Y no me sorprendía para nada su título: *Los consabidos*”, “la derecha española va cansándose, cada vez de manera menos disimulada, de la democracia”); sin olvidarnos, claro está, de los múltiples referentes artísticos que aparecen en la obra, desde Hierro hasta Sudek, pasando por Koudelka, Kafka o Tom Waits, pongamos por caso. No obstante, lo que ensambla estas islas, lo que de verdad las une, es el lirismo, los incontables momentos de belleza poética de *Isla Decepción*. Quien conoce la obra de Fombellida sabe que está frente a un escritor de una riqueza lingüística, estilística y temática de primer orden. Ya lo demostró en libros anteriores, como en su poemario *Norte magnético* (DVD, Barcelona, 2003). *Isla Decepción*, además de confirmarlo, amplía ese universo literario, añadiendo a su repertorio un libro a medio camino entre el microrrelato, el aforismo y la greguería (hablando, por ejemplo, del jazz, de la letra cursiva o del *papamóvil*). Esto demuestra, entre otras cosas, que detrás de la obra no hay sólo un poeta, hay una voz. Cito: “Tan rojizos son estos crepúsculos de julio, que podría decirse que el día inyecta en sangre las débiles venas de las noches más breves”. O: “El instinto me despierta cada madrugada, en completa oscuridad, para que mis ojos se vayan acostumbrando al color de lo eterno”. Y, en fin: “Tengo cuarenta y seis años. Estoy llegando a esa edad en la que cualquier día, entre tantas otras cosas que quedan por hacer, se puede también morir”.

Sólo por lo enumerado hasta el momento merecería la pena habitar Isla Decepción, con y sin cursivas. “¿Que dónde está ese

confín?”, se pregunta el propio autor. “Lo llevo a todas partes”. Allí sigo.

ÁLEX CHICO
INS RIBERA BAIXA